

## Léxico patrimonial y metacedeusis en los nombres de lugar

JAVIER TERRADO PABLO  
*Universidad de Lleida*

*Resumen:* En este artículo vamos a ocuparnos de uno de los mecanismos de transformación del patrimonio lingüístico: la *metacedeusis*. Es un procedimiento que contribuye a la renovación del repertorio léxico y, en especial, del topónimo. Intentamos en primer lugar mostrar que no coincide con lo que se ha venido llamando *etimología popular*. En segundo lugar enumeramos y ejemplificamos algunos de los factores que favorecen la aparición de este fenómeno. A lo largo de toda la exposición, nos esforzamos en demostrar que solo el conocimiento del léxico patrimonial permite detectar los casos de metacedeusis y, en consecuencia, trazar adecuadamente la historia del topónimo.

*Palabras clave:* metacedeusis, etimología, etimología popular, toponimia, léxico patrimonial.

*Abstract:* This article deals with one of the main procedures which contribute to the transformation of the lexical stock of languages: *metacedeusis*. The term *metacedeusis* (from gr. κηδεύειν 'to get into a family' and μετά, expressing change) was first used by Joan Coromines to express the change of a word from one lexical family to another. We attempt to show that it is not equivalent to what has been called *folk etymology* or *popular etymology*. It is explained here which are, in our opinion, the social conditions that lead to this sort of lexical change. The whole argumentation is exemplified with aragonese or catalan place names.

*Key words:* metacedeusis, etymology, folk etymology, toponymy, lexical patrimony.

## 1. METACEDEUSIS Y ETIMOLOGÍA POPULAR

¿Qué entendemos por *metacedeusis*? El maestro Joan Coromines definió<sup>1</sup> este concepto como el cambio de familia léxica de una palabra. Un significante cuyo significado nos resulta incomprensible queda asociado con otro que no le corresponde, pero que se expresa mediante un significante parecido. El nombre, como un niño abandonado, queda adoptado por otra familia, más prestigiosa y rica. De hecho esto supone una reinterpretación del signo.

¿Coincide este fenómeno con el que se ha llamado *etimología popular*? Creemos que no existe coincidencia completa, aun cuando la etimología popular puede ser uno de los factores que inducen a la *metacedeusis*. Hablar de «etimología» supone que el hablante está buscando el origen de una palabra, una actitud muy poco frecuente, y más entre el «pueblo». En nuestra opinión existe una cierta contradicción entre los dos términos que componen la expresión *etimología popular*. Si se toma el término *popular* en la acepción ‘propio de la gente poco instruida’, y se lo opone al término *culto* como ‘propio de los ilustrados y gente de ciencia’, entonces la *etimología* tiene poco de popular. Es más bien patrimonio de los eruditos. Y muchos de los casos de *metacedeusis* atribuibles a la búsqueda etimológica, como veremos más adelante, tienen mucho de reflexión erudita o, en determinados casos, científica. Creemos que no le faltaban razones a Álvaro Galmés de Fuentes para evitar el uso de la denominación *etimología popular* y hablar en cambio de «reinterpretación etimológica» o acuñar (Galmés, 1982: 31) la expresión *asociación etimológica*. Al tiempo que Álvaro Galmés realizaba esta propuesta, Kurt Baldinger repasaba en un documentado artículo (Baldinger, 1982: 15) todas las denominaciones que podrían considerarse sinónimas de *Volksetymologie* o *etimología popular: etimología asociativa* (J. Orr), *etimolo-*

---

1. El término fue creado y definido por Joan Coromines, que lo usó ya en 1954 y más tarde, en 1966, en un artículo dedicado a la memoria de su maestro Jakob Jud. Le dio luego entrada en el *Diccionario etimológico castellano e hispánico*, remitiendo a la nota de la página xxxvii de la introducción: «Llamo *metacedeusis* el fenómeno de historia léxica en virtud del cual una palabra perteneciente a una familia de vocablos cuya individualidad se ha borrado en el idioma (por pérdida o alejamiento fonético del jefe de familia) se incorpora a otra familia de existencia más clara, haciendo sufrir a aquella las transformaciones léxicas y semánticas necesarias para ello». Tradujo, por último, esta definición en su *Diccionari etimològic i complementari de la llengua catalana*: «fenomen d'història lexical, pel qual un mot, pertanyent a una família de paraules la individualitat de la qual s'ha esborrat en una llengua (per pèrdua o allunyament fonètic del cap de família) s'incorpora a una altra família d'existència més clara, fent-li sofrir les transformacions lexicals i semàntiques que calgui: format amb el gr. κηδευειν 'emparentar' i μετα, que indica canvi» (*DECAT* v, 642a29).

gía estática (J. Vendryès), *etimología secundaria* (J. Gilliéron), *etimología espiritual* (E. Gamillscheg, L. Spitzer), *etimología sincrónica* (Deutschmann), *paretimología* (Pisani), *analogía léxica* (Runes), *atracción léxica* (O. Ducháček), *atracción paronímica* (A. Dauzat), *asimilación léxica formal y significativa* (W. Wundt), *motivación secundaria* (Baumann). Las referencias bibliográficas a los trabajos de todos estos autores pueden hallarse en el estudio que Baldinguer publicó en 1982 en la revista *Lletres Asturianes*.

No es nuestra intención proponer que se sustituya la expresión *etimología popular* por la denominación *metacedeusis*, acuñada por Coromines. Nunca Coromines, que usó ambas expresiones, pretendió tal cosa. En nuestra opinión no recubren el mismo campo nocional. En un caso, el de la *metacedeusis*, se apunta a un resultado: el cambio de familia léxica. Existe una reasignación de los signos dentro de las clases léxicas a las que pertenecen, con las lógicas consecuencias en el sistema de la lengua, de ese conjunto organizado «où tout se tient». Un término que establecía relaciones de oposición dentro de un determinado grupo, pasará a relacionarse y a oponerse con los elementos de otra clase. En cambio, la expresión *etimología popular* expresa las causas del cambio de posición de un elemento dentro del sistema, atribuyendo el desencadenamiento del proceso al intento del hablante de buscar una interpretación, una motivación al signo. Quizá, retomando una sugerencia de Galmés, fuera más cómodo hablar de *reinterpretación* del signo, sin prejuzgar si es el pueblo o son los letrados quienes han procedido a la reinterpretación.

En la historia del léxico de cualquier lengua, la reinterpretación es un procedimiento normal y frecuente. Pero no es forzoso que exista una actitud de búsqueda etimológica<sup>2</sup> para que se dé la metacedeusis. Podemos apoyarnos para ilustrar esta idea en los mismos ejemplos que usaron lingüistas como Jakob Jud y, más tarde, Joan Coromines. Para retomar un ejemplo aducido por Jud en su artículo «Problèmes de géographie linguistique romane» y glosado recientemente por Joseph Gulsoy (Gulsoy, 2008: 110), podemos preguntarnos si tras la expresión española «es un joven muy despierto» tenemos realmente la noción de ‘despertar’ (lat. *EXPERGISCI*) o bien la de ‘expe-

---

2. Un intento de colocar las cosas en su sitio lo constituye el artículo de Martin Maiden (2008), «Lexical nonsense and morphological nonsense: on the real importance of ‘folk etymology’ and related phenomena for linguistics».

rimentar' (lat. EXPERIRI). Puesto que el participio del primero, EXPERRECTUS, se redujo a EXPERTUS, coincidiendo así con el de EXPERIRI, la forma castellana medieval *espierto* pudo asumir dos sentidos, 'experimentado' y 'despierto'. Hoy no cabe duda de que asociamos *despierto* con la familia del verbo *despertar*, puesto que los cultismos *experto* y *experimentado* han hecho olvidar el viejo participio<sup>3</sup> *espierto*, usado con este valor.

Veamos otro ejemplo, que extraemos del DCECH de Coromines y Pascual: la expresión «echar de menos». Según estos autores, tras ese verbo *echar* se halla, no el latín IACTARE 'arrojar', sino el verbo AFFLARE 'hallar', claro está que con la solución fonética gallega o portuguesa: *achar* 'encontrar'. Echamos de menos a aquel a quien no encontramos cuando desearíamos tenerlo a nuestro lado. Que esa variante fonética occidental tenía vigencia en el léxico andaluz de fines del siglo XIV lo demuestra un curioso documento (Terrado, 1986: 183) atribuible a un navegante salido de las costas de la Andalucía occidental, quien asegura que «por fortuna de tiempo etxémo en las mares de Cerdenya», esto es, 'por causa del temporal me hallé en las mares de Cerdenya».

Obsérvese que una porción de la comunidad hablante puede efectuar la operación de metacedeusis en tanto que otros hablantes pueden seguir usando la palabra con sus asociaciones primitivas. El hablante castellano o andaluz que contribuía a generalizar la expresión «echar menos» probablemente no tuviera conciencia de la homonimia y de que ese verbo podría interpretarse también como 'arrojar' 'lanzar'. Cuando, con el tiempo, la expresión *echar de menos* se convirtiera en un todo inanalizable para cualquier miembro de la comunidad, quizá alguno se preguntara por qué usamos en ella el verbo *echar*. Pero el cambio estaba ahí, no fue inducido por una interpretación de *echar* como 'arrojar'. Nada hay en los valores semánticos de 'hallar' y de 'arrojar' que justifique la atracción hacia la forma *echar*. No es forzoso, pues, que en el inicio del proceso haya un intento de reinterpretación etimológica. Parece verlo así también Martin Mai-

---

3. Bastará, para comprobar los valores de la forma *espierto*, una breve consulta del CORDE. En algunos casos no hay duda del valor de 'experimentado', como cuando se nos habla de alguien que es «espierto en cavalagar»: «Enlos fechos delas armas & en caualgar era mucho *espierto* & era muyt paçient & soffrir todos treballos» (1385, Juan Fernández de Heredia, *Gran crónica de España*, I. Ms. 10 133 BNM). Otros ejemplos claros son: «Mas por essa caída fue después más *espierto*, lidiava más a firmes e firié más en çierto» (1240-15, *Libro de Alexandre*); «su nesçesiedat agravio o dio mala sentençia non *espierto* & provado en la çiençia del derecho (a. 1500, Martín Pérez, *Libro de las confesiones*).

den, cuando afirma<sup>4</sup> que los hablantes raramente buscan «explicar» el significado de una palabra.

Si la metacedeusis puede darse en cualquier sector del léxico de una lengua, la toponimia es uno de los terrenos en los que arraiga con más facilidad. Kurt Baldinger decía en 1965 que las interferencias entre las familias de palabras no son excepciones, sino más bien la regla<sup>5</sup>.

Claro está que la metacedeusis se produce en determinadas condiciones y bajo la acción de determinados factores que la desencadenan. Podemos denominar condicionantes a esos factores internos a la lengua e inductores a los factores externos desencadenantes.

Los condicionantes son la proximidad o identidad fónica entre las palabras y la pérdida de motivación semántica de una de ellas.

Por una parte se halla la proximidad o identidad fónica entre la palabra adoptada y la base léxica de la familia receptora. La evolución del latín CUBILAREM ‘lugar donde yacen los animales’ llevó en algunas zonas hasta el románico *collar* y eso creó una homonimia con los derivados de COLLUM ‘cuello’. El primitivo CUBILEM ‘cubil’ se halló en ocasiones en posición más incómoda, al confluir con la evolución de CULUS, dando lugar a topónimos como *Culsec*, con la consiguiente reacción eufemística por parte de los hablantes.

Pero esa identidad fónica permitiría constatar simplemente el fenómeno de la homonimia, si no existiera el segundo condicionante: la pérdida de motivación semántica de la palabra adoptada. Tal pérdida puede acaecer si la palabra sufre la competencia de otros signos del sistema, que se muestran más prósperos y acaban por prevalecer en el uso cotidiano. Cuando la voz *bosc* ‘bosque’ comenzó a ganar terreno sobre *selva* o *seuva*, los topónimos como *Salviscura* (Erta, prov. Lleida) o *Selvapaga* (Cabdella, prov. de Lleida) pudieron comenzar a ser reinterpretados. También favorece la metacedeusis la pérdida de conciencia del matiz semántico que daba identidad a la

---

4. Maiden (2008: 315): «Apparent semantically ‘motivating’ folk etymologies are generally the *accidental* result of a search strategy which begins —but certainly does not end— among items of similar meaning (see also Alinei, 1997: 21). I would suggest that even where we do seem to have a case of semantic motivation (as in german *Hängematte* cited above) the semantic appropriateness is rather accidental. Speakers are not seeking to ‘explain’ the meaning of a word, but to give it a familiar inner structure ».

5. Baldinger, 1965: 104: «No se trata, pues, de algunos casos aislados al margen de la lengua, sino de una situación fundamental y las interferencias entre las familias de palabras hasta no son excepciones, sino más bien la regla, la situación normal y regular».

palabra y la oponía a otras de significado próximo. Esto puede ser consecuencia del cambio en las condiciones de vida. En una sociedad pecuaria, como puede ser la del Pirineo ribagorzano, la diferencia entre *covil*, *corral*, *pletiu*, *estall* es importante, pero puede llegar a desdibujarse con el cambio generacional. Si la ganadería deja de ser la actividad primordial, si decrece el interés por oposiciones léxicas antes bien conocidas por todos, algunas distinciones naufragan y se abre la puerta a la reinterpretación de palabras como *cuil* o a derivados como *collar*. Lo mismo podemos decir respecto de la distinción entre voces como *cant*, *cantal*, *pigall*, *pedra*, *roca*, *pedregalera*, *malera*. Cuando los montañeses comienzan a perder conciencia de las diferencias entre los distintos tipos de formaciones rocosas, topónimos como *la Malera* comienzan a ser reinterpretados desde el campo léxico del latín *MALUS* ‘malo’, ‘opuesto al bien’ y se buscará motivación en lo duro y áspero del terreno.

Pero, junto a los condicionantes internos al sistema, se hallan los inductores. Entendemos por ellos los factores externos que favorecen el triunfo de la metacedeusis. Son circunstancias que afectan a la relación entre el signo y el hablante, consecuencia muchas veces de cambios generacionales, sociales o históricos. Otras veces la relación del hablante con el signo evidencia una voluntad de creación, como pueden ser los casos de metacedeusis por eufemismo o por ironía.

Seguidamente, abordaremos la casuística de este procedimiento de renovación toponímica, atendiendo a algunos de los inductores que creemos haber detectado.

## 2. INDUCTORES DE LA METACEDEUSIS

### 2.1. *Desconocimiento del habla popular*

Es frecuente que quienes somos considerados «cultos» ignoremos elementos bien conocidos por la gente del terruño. Pero esos cultos somos quienes escribimos libros, confeccionamos mapas y elaboramos índices catastrales. Somos la primera fuente de metacedeusis y también de ese tipo de pseudoetimología, que podríamos denominar «etimología culta». En catalán existe una palabra para referirse a nosotros: *llettraferits* ‘heridos de letras’. Sin mala intención, esos

*letraheridos* podemos prestar un flaco favor a la lexicografía y a la toponomástica.

Ejemplificaremos esto con un signo toponímico. En el transcurso de unas encuestas en el municipio oscense de Viacamp, de habla catalana, los informantes nos hablaron de una partida llamada [lasantíyas], que los mapas y documentos catastrales escriben *Las Antigas*. El nombre se aplica también al barranco que por ella discurre: *Barranc de las Antigas* [barán̄delasantíyas]. El problema es que no hay allí casas antiguas ni aldeas antiguas ni nada que merezca atención por su antigüedad. Pero la lengua escrita es unánime en la transcripción. El tema parecería zanjado. No obstante, un poco de atención al léxico patrimonial nos permite unir el topónimo con su auténtica familia: el latín *SENTIX*, *SENTICIS* ‘zarza’. Creemos que es lícito reconstruir un popular \**santiga* ‘zarza, arbusto espinoso’, a la vista de topónimos como *Pagassentigar*, oído por nosotros en Castanesa en 1982, o de los numerosos *Santigosa* y *Sentigosa* diseminados por toda la zona pirenaica (*onCat* VII, 107b21). Tenemos *Sentigosa* en Lascorz y *Sentigoa* en Calbera. Que nos hallamos en el mundo de la fitonimia lo certifican los sufijos románicos que se combinan con el lexema *santiga*. Si la toponimia nos permite recomponer *sentigar*, el sufijo *-ar* reaparece en *sabinar*, *pinar* y otros muchos fitónimos. Si nos fijamos en *Sentigosa*, el mismo sufijo *-osa* se halla en *Grevolosa*, *Espinosa* o *Avetosa*. Es en cierto modo comprensible la confusión si pensamos que el lugar designado como *Las Santigas* se halla en el límite de la zona de desonorización de sibilantes propia de una parte del catalán ribagorzano. Aquí, *Las Santigas* y *Las Antigas* pueden compartir una misma realización: [lasantíyas]. En zonas de distinción fonológica entre /s/ y /z/ lo normal para *Las Antigas* hubiera sido la realización [lazantíyas]. Un estudio del léxico a través de su plasmación en los mapas exige un cuidadoso ejercicio de crítica, pues las formas escritas consagran en ocasiones pseudoetimologías y pueden constituir pequeños atentados contra la memoria patrimonial.

Para que se vea que el fenómeno de la metacedeusis es frecuente y cercano a nosotros, podemos narrar la historia de una pseudoetimología libresca a cuyo nacimiento hemos asistido recientemente. Hace algunos meses tuvimos ocasión de intercambiar información toponímica con un excelente biólogo y cartógrafo que estaba trabajando en la zona del monte denominado *Montsec*, a caballo entre las provincias de Lleida y Huesca. Nuestro buen amigo acabó su trabajo

y su mapa cuando estábamos todavía enfrascados en la labor de interpretación etimológica de los nombres geográficos de la zona. Al observar el mapa que él había elaborado para Editorial Alpina, nos llamó la atención un nombre: *Les Cedres*. Se hallaba en la umbría del monte y aparecía en la expresión *Racó de les Cedres*. Nos asaltó un sentimiento de extrañeza: un femenino *les cedres* no tenía explicación por el léxico que conocíamos. Cuando preguntamos qué quería decir eso, respondió que así había oído el nombre y que él no consideraba imposible que pudiera haber cedros en tal paraje. Para nosotros resultaba enternecedor hallar cedros como los del Líbano en nuestro terruño ribagorzano. Lo que no encajaba aquí era que la palabra *cedre* es en catalán masculina y la forma debiera haber sido *Los Cedres* o *Els Cedres*. Y además, en treinta años de andar por aquellos parajes no hemos visto nunca un cedro. Caímos en la cuenta del error cuando reparamos en el topónimo *Las Hedras*, en un pueblecito cercano llamado Llitirà. Y a partir de ahí todo se explicaba: el encuestador era un hablante del dialecto catalán oriental, que no distingue entre el masculino *-es* y el femenino *-as*. Lo que debió de ser pronunciado por el informante fue [rakóðelazédras] y el encuestador debió de interpretarlo como [rakóðə̀ləséd̀rəs]. Además, en el catalán oriental se ha producido la vocalización de la *-d-* agrupada con la vibrante, de modo que *Hedres* tiene hoy la forma *Heures*. Con lo cual el cartógrafo no había podido comprender que se le estaba hablando de yedras (*hedras* en el país), y no de cedros. Una encuesta posterior nos llevó a confirmar nuestra sospecha: el informante aseguró que no había cedros, que la vegetación era preferentemente de encinas, que sí existía yedra en el lugar.

En el caso del *Racó de les Hedres* no llegamos a tiempo de advertir a nuestro amigo, gran biólogo y excursionista. Y ahí está consagrada por la lengua escrita la forma *Racó de les Cedres* en un mapa editado en el año 2008. Sí llegamos a tiempo con ocasión del nombre *Las Salteras*, que figuraba en mapas y documentos anteriores. Parecía evidente que ahí habría que saltar por algún sitio. Pero no era así. Habíamos recogido hacía años el topónimo en la forma *Las Alteras*, quizá porque habíamos captado el leve matiz sonoro de la sibilante final en [laz altéras]. Lo cierto es que también los amillaramientos catastrales del siglo XIX traían la forma *Las Alteras*, relacionable con *alto* y con el sustantivo aragonés y catalán bien conocido *alteras*. Eran lugares altos, no lugares para dar saltos.



## 2.2. Desconocimiento de variantes formales

En muchas ocasiones nos hallamos ante voces cuya forma ha sufrido transformaciones con respecto a la variante más general. Un ejemplo de esto lo constituyen los numerosos nombres donde creemos ver el adjetivo antepuesto *santo*, *santa*<sup>6</sup>, cuando lo que ahí tenemos son en realidad adjetivos del tipo CENTUM ‘cien’, CINCTUM ‘ceñido’ o incluso un sustantivo como SALTUS ‘soto’. En el léxico usual ribagorzano *sanlluc* ‘hipo’ es voz frecuente (*Endize* IV). Aunque suena igual que *Sant Lluc*, nada tiene que ver con el evangelista, sino con el latín SINGULTUS, de donde surgen el catalán, occitano y francés *sanglot*. A través de una forma como \**sangllut* es posible llegar a la actual. Cuando vemos que, en una localidad como Fonz, *santapiga* (*Endize* IV) es nombre aplicado al *ciempiés*, sospechamos que la primera parte de tal nombre ha de ser el numeral *cent*, alterado mediante la metacedeusis. Una guía para el lingüista en tales casos es el conocimiento de la realidad o el de la documentación antigua, si desea evitar caer en la pseudoetimología.

Este tipo de metacedeusis acontece con frecuencia en formas compuestas, uno de cuyos componentes puede ser todavía reconocible. Como ejemplos citaremos los topónimos *Santifons*, *Santgrau*, *Santalinya* y *Santaliestra*.

El primero es el nombre de una partida de montaña en el antiguo municipio de Betesa. ¿Qué santo cabe buscar allí? ¿San Alfonso, San Ildefonso? No, allí nunca había habido pilaret, ni ermita ni santo. ¿Pues qué ha habido?, preguntamos a nuestros informadores. «Ya lo ve —contestan— agua, fuentes y un *mollar*: el *Mollar de Santifons*». Dos documentos del monasterio de Alaón, de los años 979 y 987, confirman que aquello son ciertamente CENTUM FONTES ‘cien fuentes’, ‘fuentes abundantes’ (Corral, 1984: 171, 182).

En el segundo caso nuestra hipótesis invoca rápidamente a *Sant Grau* o *Sant Guerau*, protector de ganados y muy venerado en la diócesis de Seo de Urgel, a la que perteneció el pueblo del Estall, don-

---

6. En una cultura como la nuestra, tan marcada por el cristianismo, el uso irónico de la paronimia con *santo* y *santa* ha sido constante. Así, los colombianos dicen que tienen dos santos nacionales: el *San Cocho* y el *San Cudo*, evidentemente el *zancocho* y el *zancudo*. Kurt Baldinger, en el artículo citado anteriormente (Baldinger, 1982), repasa algunos usos humorísticos de *san*: *Santo Ouvido*, en Portugal, San Ovidio, protector contra el mal de oído. *Santo Tomé* y *San Donato*, en España, relacionables con las nociones de ‘tomar’ y con ‘dar’ respectivamente.

de se halla el paraje de *Sant Grau*. Junto a él se halla el *Pas del Grau*, donde vemos el latín GRADUS ‘escalón’, ‘paso en una pared rocosa’. No hay rastro de santo en ese paraje, pero sí una cornisa rocosa, un precipicio. Lo que parece la etimología más verosímil<sup>7</sup> es CINCTUM GRADUM ‘el paso ceñido’, ‘el paso del precipicio’.

El tercer ejemplo lo debemos a la fina intuición de Joan Coromines: el nombre de la conocida localidad de *Santalinya*, al norte de Balaguer, junto al río Noguera Pallaresa. Los dos elementos del compuesto son en este caso irreconocibles. No se conoce una santa de nombre \**Linya*, pero la documentación antigua nos habla de *Sabalicinia* (1050), *Salta Lizenia* (1085), *Saltelzinie* (1093), *Saltus Elzinie* (1116). Tenemos, pues, las antiguas expresiones SILVA ILICINEA ‘bosque de encinas’ (*Sabalicinia*) y SALTUS ILICINEA ‘soto de encinas’ (*Saltus Elzinie*), que explican esa antigua transformación (*OnCat* VII, 44a28). Probablemente una transformación parecida se haya producido en el nombre de otra localidad, ribereña esta vez del río Ésera: *Santaliestra*. ¿Serán casos hermanos y podemos ver ahí un SILVA ILICINEA y un SILVA ILICESTRA respectivamente?

### 2.3. Cambio de lengua

El desconocimiento de la lengua en que fue creado el topónimo invita a buscar una nueva motivación al nombre, a «traducirlo» de algún modo a la lengua de sus nuevos usuarios.

La localidad de *Näfels*, en el cantón suizo de Glaris, es hoy de lengua alemana y la población no tiene dificultad en interpretar el nombre como *näh Fels* ‘cerca de la roca’ (Baldinger, 1983: 27). Pues bien, se trata de un espejismo. La lengua en que se creó el nombre fue el latín, no el alemán, y solo la germanización llevó al olvido del valor primitivo, unido al sistema de cultivo que expresaba la voz NOVALIS ‘campo roturado por primera vez’. Seguramente el nombre del pueblo de *Novalles*, cercano a Huesca, o el de *Noals*, al pie del valle de Castanesa, tienen también este origen latino. Pero el cambio de lengua en la zona alpina favoreció una traducción y el cambio de familia léxica.

---

7. Por lo demás existen otros nombres análogos con CINCTUM: *Santafret* (CINCTUM FRACTUM), en término de Juseu (Ribagorza), o *Montsent* (MONTEM CINCTUM), nombre de un macizo imponente en el alto Pallars catalán (cf. *OnCat* IV, 280a9). Ni existe ahí santa ni el monte es santo.

La sustitución lingüística puede acabar por alterar profundamente los estratos toponímicos previos. Así es de suponer que ocurrió cuando los valles pirenaicos aceptaron las nuevas formas románicas a las que había evolucionado el latín hispánico y estas entraron en competencia con las denominaciones de lenguas pirenaicas anteriores a la latinización.

Un ejemplo lo tenemos en el nombre *Bacherán*, no interpretable directamente desde el habla viva actual. Se halla en el antiguo municipio de Castilló de Sos o Castejón de Sos, en el valle de Benasque. Si no estamos equivocados, se trata del mismo lugar que aparece escrito *Basaran* en un pergamino de principios del siglo XI: las Décimas de Castejón de Sos. Una interpretación de tal topónimo podría llegar con ayuda del vascónico *BASO ARAN* ‘el valle del bosque’. ¿Cómo pasamos de ahí a *Bacherán*? Posiblemente por un doble proceso de reinterpretación. Sabemos que en Ribagorza la palabra latina *VALLEM* ‘valle’ tenía una pronunciación antigua *vase*, debido al fenómeno de asibilación de la geminada lateral, bien atestiguado en toponimia: *Vasimanya* (Areny), *Vasimaior* (Areny), *La Vasi* (Montanui), pueden interpretarse como ‘valle grande’, ‘valle mayor’ y ‘el valle’. Una vez que la primera parte del nombre había sido interpretada como ‘valle’, una segunda reinterpretación creó la equivalencia *Vase*=*Vache*, viendo en la forma *Vase* el término románico correspondiente al aragonés más occidental *Vache*, fruto no de una asibilación, sino de la conversión de la geminada en una palatal africada.

*Farriure* es un nombre que recogimos en la alta ribagorza catalana, término de Pont de Suert, en territorio de la antigua cuadra de Trepadús. Nos dijeron: «ahora viene un nombre muy divertido, porque es el *Coll de Farriure*». En catalán eso significa ‘hace reír’. Pero es inaudita dicha motivación semántica. ¿Podríamos estar en presencia de un pirenaico *harri uri* ‘la aldea de la piedra’? La zona está llena de nombres de estirpe vasconica, como *Bisaúrri*, *Ovarri*, *Llastarrri*, *Belarta*, *Corroncui*, *Durro*... Es verosímil que haya existido reinterpretación por parte de hablantes de romance, pero no tenemos aquí documentación que permita demostrarlo.

Nuestros mejores etimólogos han atribuido a la reinterpretación de nombres árabes un número considerable de topónimos. Así, por ejemplo, Coromines interpreta *Carabuena*, nombre de una partida en término de Confrides (Alicante), como *gâr Abu-henna* ‘la cueva de Abu-Henna’ «d’on, per obra d’etimologia popular, es pot passar ben fàcilment a *Carabuena*» (*Oncat* III, 2256a52).

La reinterpretación puede no pasar de ser un episodio esporádico y anecdótico, pero en zonas con fuerte despoblación lo anecdótico puede acabar siendo lo aceptado, al no tener un topónimo el contraste de la comunidad hablante. Comprendí esto el día en que un agricultor me enseñó un documento encabezado por la expresión: *Cosecha del 6*. No estábamos en el año 2006 y pregunté qué significaba eso. La respuesta le pareció obvia: ‘cosecha del campo que se halla en el paraje denominado *Seis*’. Tal paraje se halla en el municipio de Arén, donde la forma aceptada en la escritura para ese lugar es *Seix*. En el léxico residual toponímico se repite en la misma latitud en pueblos próximos: *Seix d’Areny*, *Seix de Sapeira*, *Seix de Talarn*. Estamos aquí ante un nombre que nada tiene que ver con los numerales, que se aplica a una especie de altiplano de vegetación más bien pobre, pedregoso y difícil de cultivar. No se le hubiera pasado por la cabeza a un natural del lugar esa extraña asociación de ideas, pero el agricultor era una persona nacida en las Islas Canarias y con el castellano como lengua materna, con lo cual esa era una interpretación comprensible.

En término de la antigua aldea de Finestres, hoy despoblada, sitúan los mapas catastrales el topónimo *Los Faisanes*. Entre campos en su mayor parte yermos, puede verse más de un conejo, más de dos o tres perdices e incluso los rastros de algún jabalí. Pero nunca mis informantes declararon haber cazado faisanes, ave aristocrática, que aquí anida solo en las narraciones literarias. De hecho, lo que nos dijeron es que existía una zona denominada *Les Feixanes* (301250, 4652400), ocupada por precipicios que hoy caen sobre el embalse de Canelles. Eso es precisamente lo que la gente entiende por *feixanes*, fajas rocosas en terrenos casi verticales. Quienes fabricaron los mapas catastrales interpretaron el topónimo desde otra lengua.

En algún caso la interpretación esporádica parece haber triunfado. En el pueblo de Areny existe una calle denominada *Calle del Sol*. Cerca de ella encontramos otra denominada *Calle de la Luna*. Luego, estudiando los nombres de un pueblo vecino, Montanyana, observé que el rótulo de la calle situada en la parte baja de la población decía: *Calle del Suelo de la Villa*. Estaba claro que aquello era lo que en la lengua del país se decía el *Carrer del Sol de la Vila* y que el rótulo era una traducción literal. Comprendí que también en Arén la calle llamada *del Sol* era la del *Sol de la Vila*, pues se hallaba en posición semejante. Lo inferior (el *sol* o el *sols*, latín SOLUM), se había interpretado como lo más alto, el sol (lat. SOLEM). De ahí a buscar al sol una compañera iba un paso: había surgido la *Calle de la Luna*.

#### 2.4. Cambio generacional y arcaísmo

Como las personas envejecemos y nuestra lengua difiere de la de las generaciones más jóvenes, también los estratos léxicos envejecen y son sustituidos por otros más nuevos. El arcaísmo favorece la reinterpretación.

El ejemplo del campo denominado *Seix*, reinterpretado como el numeral seis por uno de los habitantes del lugar, tiene su contrapartida en la interpretación que ciertos hablantes catalanes del valle de Cornudella realizan del nombre *Cis*, aplicado a un monte que divide las cuencas del Isábena y del Ribagorzana. Hay quien dice que en ese monte confluyen los términos de seis pueblos. Sería la *Serra del Sis*, porque cada uno de esos seis pueblos tiene derecho a una parte de ella. Para tales hablantes *Cis* significa ‘seis’, la cifra que designa los dígitos de una mano más uno. Claro está que la documentación nos certifica que estamos ante el MONTEM SCISSUM ‘el monte cortado’. El olvido de la palabra *cis*, substituida por sinónimos como *tallat*, propicia la etimología popular.

Una de las aldeas que se hallan a las puertas del valle de Casta- nesa es la que se conoce oficialmente como *Erbera*. Agustín Ubieta, al tratar de los pueblos y despoblados de Aragón (Ubieta, 1985: II, 506 y 621) escribe *Erbera* y también *Erberá*. En documentos anteriores a la fijación oficial de su forma, el topónimo aparece escrito en ocasiones con *h* inicial: *Herbera*. No es extraño que el nombre se haya podido interpretar a partir del catalán *herba*, porque la hierba abunda en esa montaña rica en fuentes y agua. Pero la pronunciación es siempre *Arbera*, con *a-* inicial. En el pueblo ribagorzano de Senet tenemos también el nombre de partida *Arbera*, que nadie ha escrito con *E-* inicial. Un poco más al sur, en Estet, tenemos *Collarbes*. En la aldea gemela de Erbera, esto es, en Benifons, se halla la partida de *Puiarbes*. Siguiendo hacia el sur, en Areny existe *Comadarbas* y en Benavarri *El Mas d'Arb*. Seguramente, ni quienes han escrito *Herbera* ni quienes prefieren *Erbera* tienen claro el origen del nombre, cuyo primitivo parece ser el ya obsoleto *arb*. Todo indica que estamos ante un ARVARIA ‘las tierras cultivables’, derivado del latín ARVUM ‘campo que se labra o siembra’.

*Assegador* es una voz del lenguaje pastoril, desvinculada ya de la familia léxica en que se hallaba integrada antiguamente. Es de hecho un apelativo toponímico que se aplica en los altos valles riba-

gorzanos a un camino que los ganados usan a menudo para pasar de unos pastos a otros. En el pueblo de Senet hallamos, por ejemplo, el *Assegador del Castesillo a Gelada*. En Benasque parece ser que se usa la forma *assagador*. En territorio valenciano reaparece la voz, desde el Maestrazgo hasta las puertas de la ciudad de Alicante. Creemos que el étimo es el latín CAMMINUM SECUTORIUM ‘camino seguido habitualmente’. Probablemente existió también un SECUTARE, que prolongarían verbos como el logudorés *segudare*, el occitano *segudar* y el castellano medieval *segudar* ‘perseguir’, de resonancias cidianas. En la parte de Senet habrá intervenido el cruce con el verbo *segar*. Tal vez en buena parte del dominio lingüístico, el que se halla en contacto con el aragonés, haya actuado el recuerdo del arabismo *saga* ‘zaga’, ‘parte posterior’. Ciertamente, ir a la zaga es seguir a alguien. Pero la etimología no es arábica, pues no se explicaría la derivación románica en *-or*. Al quedar aislado de la familia de *segudar*, el sustantivo pudo ser atraído hacia terrenos como el del arabismo *zaga* o el verbo romance *segar*.

Nombres fundamentales como los de los ríos pirenaicos, denominados con la forma genérica *Noguera* —*la Noguera de Tor, la Noguera Pallaresa, la Noguera Ribagorzana*— tienden hoy a interpretarse desde el campo de la fitonimia. Se piensa en el nombre del nogal, denominado *noguera* en el léxico normativo catalán. De hecho, como ha demostrado Joan Coromines, en su origen el nombre debió de aplicarse a los ríos por los que era posible transportar troncos desde los altos valles pirenaicos, mediante la construcción de almadías (*OnCat* v, 469b2). No hay que relacionar el topónimo *Noguera* con el nogal (lat. NUX), sino con el de esas pequeñas y efímeras embarcaciones fabricadas con troncos (lat. NAVIS). De modo que la expresión (AMNIS) NAUCARIA ‘el río de las almadías’ se halla en el origen de tal nombre.

Las cosas no son siempre lo que parecen en toponimia. Vista la facilidad con que podemos incurrir en la pseudoetimología, la sombra de la duda planeará siempre sobre topónimos de interpretación en apariencia indiscutible. Veamos como ejemplo el nombre del gran monte denominado *Montsec*. Parece claro que se trata del ‘monte seco’, de fácil interpretación en catalán. Ahora bien, el lingüista no puede desoír la opinión de geógrafos o biólogos, que manifiestan su escepticismo acerca de la sequedad de un monte que tiene nieve asegurada cada año y fuentes abundantes. Les señalará entonces (Terrado, 2008: 113) la posibilidad de ver ahí un antiguo \**Montset*, cam-

biado<sup>8</sup> en *Montsec* por etimología popular. Y en el origen de tal \**Montset* se hallaría el latín *MONTEM SAEPTUM* ‘el monte cerrado’, con un *SAEPTUM* que en castellano se ha convertido en la voz *seto* ‘valla’, ‘muro’. Desde las tierras llanas del sur, el *Montsec* podía aparecer a los ojos de los romanos como un enorme muro que los separaba de los inhóspitos valles pirenaicos. Pero hemos de reconocer que esta podría ser otra fantasía etimológica. Si realmente el latín *SAEPTUM* existió en el oriente peninsular debió pronto de caer en desuso, pues no hay rastro de él en la lengua catalana.

### 2.5. Cambio social o histórico

La realidad se transforma con el tiempo y esa transformación conlleva cambios en la interpretación de nombres que eran transparentes en determinado ambiente social o histórico. En este caso se halla el topónimo *Vall*, ampliamente atestiguado en el dominio catalán. En Aragón aparece con la forma plena *Vallo* o con la apocopada *Vall*. El topónimo *Vall*, en masculino, hay que relacionarlo con el latín *VALLUM* ‘vallado’, ‘foso defensivo’. La pérdida de uso de tales instalaciones defensivas ha dejado en la parte exterior de los pueblos un espacio aprovechado frecuentemente para trazar una calle. De modo que el antiguo *vall* se mantiene en la toponimia urbana de muchos lugares de Ribagorza: existe una calle llamada *El Vall* dentro del núcleo de Graus. En Lascuarre tenemos también la calle del *Vall*. Y en la villa fortificada de Montañana *el Vall* es el espacio que se halla junto a la puerta del recinto amurallado. Hoy *Lo Carrer del Ball*, en Areny, lo interpretan algunos como ‘la calle donde se halla el baile’. Pero está claro que tenemos ahí una pseudoetimología, pues los documentos del siglo XVIII hablan de «la puerta que sale al Vall». Incluso el nombre de una conocida población de la provincia de Tarragona, *Valls*, es interpretado por algunos como ‘valles’, en lugar de relacionarlo con el mundo de las construcciones defensivas en uso durante siglos. El término *vall* se mantenía vivo en el catalán del siglo XVII, como lo demuestra el libro impreso por Geroni Vilagrassa en Valencia en 1675: *Llibre de murs e valls*. En él se lee una escrupulosa reglamentación del sistema urbanístico de la ciudad de Valencia, que atendía a las

---

8. No se trata de un fenómeno fonético inaudito. Téngase en cuenta el citado más arriba de *SINGULTU* > *sanlluc* > *sanlluc*, donde se produce el cambio -T > -C en posición final.

murallas, las puertas, los baluartes y las acequias. La metacedeusis ha llevado el sustantivo *vall* y los topónimos formados a partir de él hacia significados como ‘baile’ o ‘valle’, según los lugares, e incluso ha producido transformaciones formales, como el cambio al género femenino. El catalán *la vall*, en femenino, se aplica a grandes unidades fisiográficas, como *la Vall de Boí* o *la Vall d’Aran*. Cuando se aplica a pequeñas franjas de terreno, es verosímil que *la vall* sea fruto de la metacedeusis del nombre masculino, como ocurre en una zona<sup>9</sup> al sudoeste de la ciudad de Lleida, entre el río Segre y las tierras meridionales de la comarca de Les Garrigues.

## 2.6. Eufemismo

La pérdida de la conciencia del significado de algunos nombres crea a veces asociaciones no deseadas.

Corominas hablaba del caso curioso de *Culsec*, sustituido por *Capsec*, donde *cul* es simplemente evolución de CUBILEM ‘lugar donde yacen los animales’. Se trata de una pequeña localidad en el valle gerundense de Bianya. Ciertamente, en su origen un CUBILEM SICUM ‘cubil seco’ era un nombre apreciativo, pues los pastores valorarían mucho un lugar seco y sano para sus animales. Más tarde, la evolución a *Culsec* pudo resultar incómoda, al coincidir *cuil* con *cul* ‘culo’. En consecuencia, la falsa interpretación propició la sustitución por una nueva forma: *Capsec*, donde el nombre de la parte vergonzosa se había cambiado por la parte más honrosa, la cabeza. Entre la forma antigua (*Cuilsech*, en 1195) y la actual (*Capsec*) debió de mediar otra, pues en 1359 se documenta *Causech*, interpretable como *cau sec* ‘agujero seco’, ‘madriguera seca’ (*Oncat* III, 255b12).

Tanto Joan Corominas (*DECat* II, 556) como Galmés de Fuentes (Galmés, 1982: 32) han señalado el eufemismo existente en el repetidísimo topónimo catalán *Cavall Bernat*, extendido por el Principado, por las Baleares y por Valencia. En muchos lugares el nombre es

---

9. Cf. Domingo, 997: 18: «En tota aquesta zona, moltes de les petites valls que s’hi encaixen són anomenades amb l’apel·latiu genèrica de *vall* o *valleta*. Són valls llargues i estretes que formen una unitat de conreu i deuen pertànyer a un únic propietari o menador [...]. Tires llargues i sinuoses de camps, afilerats en fila única, que corren, inscrites amb no gaire densitat enmig dels erms a més alçària [...]. De fet, aquest ús de *vall*, entesa no solament amb valor orogràfic de depressió sinó encara de peça o conjunt de peces de terra de conreu —sort o tros— establerts, però al llarg d’una valleta a fi d’aprofitar llur relativa menor aridesa, es deu estendre per tota la regió de l’Ebre».



todavía *Carall Bernat*, donde *carall* se interpreta en la lengua viva como el nombre popular del miembro viril, exactamente como el gallego *caralho* o el aragonés *carallo*. Y, efectivamente, la metáfora se explica al contemplar la forma fálica de esas grandes rocas verticales, la más famosa de las cuales se halla en la montaña de Montserrat. Galmés de Fuentes relaciona el nombre con los derivados de la raíz prerromana KAR ‘piedra’, con lo cual habría habido ahí dos reinterpretaciones, una metafórica, que supondría el cambio ‘piedra’ > ‘pene’, y otra eufemística, que obligaría a una modificación formal a la vez que semántica: ‘pene’ > ‘caballo’. Que la necesidad de reinterpretación se sintió desde muy antiguo lo demuestra la documentación monástica de finales del primer milenio. En enero del año 974 el conde Gauzfred procede a la dotación del monasterio de Sant Pere de Roda. El escriba, al referirse a uno de los peñascos rocosos que sirven de límite geográfico, evita la mención del nombre popular, tal vez como púdica deferencia hacia la condesa y gentes tonsuradas: «in summitatem de ipso pino altiore qui ibidem est, qui habet *inhonestum et incompositum nomen*» (Abadal, 1926-1950: 236). En abril del mismo año, el papa Benedicto VI confirma en una bula papal dicha dotación y evita los juicios de valor sobre el nombre, diciendo escuetamente: «montis qui ibidem est». En el año 982, el rey Lotario vuelve a confirmar la donación, pero en este caso las ambigüedades y los silencios, que podrían poner en peligro la identificación del lugar, ceden ya paso a la mención directa, el topónimo *Caralio*: «ascendit per iam dictam viam ad ipsum casalem de Salvatore...et pervenit usque ad sumitatem ipsius montis qui vocatur *Caralio*» (Abadal, 1926-1950: 236). Aun cuando en su origen el nombre pudiera tener un sentido meramente oronímico, lo cierto es que la interpretación popular había llevado ya a la palabra desde el campo semántico de la geología hasta el que se refiere a las partes del cuerpo humano, consumando así la operación de metacedeusis.

### 2.7. Ironía

Lo contrario del eufemismo puede ser la ironía. Con frecuencia se aprovechan las paronimias para buscar efectos paródicos.

Cerca de Ripoll se hallaba el antiguo monasterio de *Sant Amanç*, evidentemente San Amancio, del latín SANCTUS AMANTIUS. Ahora bien, en época medieval la palabra *Sant* alternaba frecuentemente

con *Sent*, que acabó confluyendo fónicamente con *cent* (lat. CENTUM). Por su parte, *Amanç*, de *Amantius*, en nada se distinguía por la pronunciación de *Amants* del latín AMANTES. Confluyeron, pues, SANC-TUS AMANTIUS y CENTUM AMANTES. Y eso para un monasterio femenino constituía un sino fatal. Nacieron coplas (*OnCat* II, 180a18) que arrojaron sobre las monjas una fama quizá inmerecida, que llega a nuestros días.

En el pueblo de Areny, en la Ribagorza oriental, existe una calle denominada popularmente *Lo carrer dels Marrucs*. La proximidad fónica llevó a algunos a transformar el nombre en *Lo Carrer dels Més Rucs*, esto es 'la calle de los más burros'. Por suerte queda todavía quien sabe lo que es un *marruc*, un *marrubio* (*Marrubium vulgare*), planta de la familia de las labiadas conocida también como *marruego* en aragonés. Esto posiblemente nos salve de una interpretación que, sin el conocimiento del léxico patrimonial, podría deslizarse por la pendiente de la pseudoetimología popular y quedar así para la posteridad. No lo permitamos, en bien de nuestros vecinos de la calle de arriba.

### 3. CONCLUSIONES

1. Creemos haber demostrado que los conceptos de metacedeusis y de etimología popular no son conceptos coincidentes.

2. Incluso cuando la reinterpretación de un nombre es evidente, convendría distinguir los casos en que la falsa asociación semántica se da de modo inconsciente, de aquellos en los que es buscada conscientemente, como ocurre en el cambio del nombre por eufemismo o por ironía.

3. Parece clara la necesidad de distinguir entre el estudio etimológico, diacrónico, y el estudio sincrónico del léxico o de la toponimia de una comunidad. En *Santalinya* o *Sant Grau* el etimólogo puede señalar los elementos latinos SALTUS o CINCTUM, pero el sentimiento lingüístico actual no ve ahí más que los adjetivos *santa* y *sant*, interpretables desde el campo de la religión.

4. De los numerosos casos señalados en los apartados 2.1 y 2.3 se deduce que una acumulación considerable de falsas interpretaciones por traducción podría llegar a transformar el aspecto lingüístico de la toponimia de una zona. De ahí el especial cuidado que

deberían tener quienes se dedican a fijar las formas escritas de unos nombres, los topónimos, que representan las señas de identidad del territorio.

5. Es necesario recoger el léxico y la toponimia en el momento en que todavía pueden ser interpretados por los hablantes populares. Si no es así, una gran parte de nuestro acervo cultural quedará perdido para siempre y otra parte puede ser erróneamente interpretado.

6. Quienes aborden la tarea de hacer el repertorio y la interpretación de los topónimos de un espacio geográfico deberían disponer de obras de consulta que les guiaran y ahorraran errores evitables. De ahí la necesidad de elaborar diccionarios etimológicos sólidos. La interpretación toponomástica no puede llevarse a cabo sin una lexicografía dialectal y una lexicografía etimológica bien fundamentadas, como las que cultivó Joan Coromines para el dominio catalán.

7. Por último, deseamos expresar una conclusión de tipo metodológico y programático: para trabajar en el campo del patrimonio léxico y toponímico, es necesario conocer y comprender los mecanismos de fenómenos tales como la metacedeusis. Podríamos, de lo contrario, llenar el mundo de falsas etimologías, desde nuestra posición de privilegio como lingüistas.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Abadal i Vinyals, Ramon d' (1926-1950): *Catalunya Carolíngia. Els diplomes carolingis a Catalunya*, vol. I, Ginebra, Institutió Patxot.
- Abadal i Vinyals, Ramon d' (1955): *Catalunya Carolíngia. Els comtats de Pallars i Ribagorça*, vol. III, Barcelona, IEC.
- Alpina s. L. (1993): *Congost de Montrebei. Mapa excursionista E-25. Escala 1:20.000*, Granollers, Alpina.
- Alvar Ezquerro, Manuel (1987-1988): «Cambios fonéticos, variantes, motivaciones y otros fenómenos en el léxico andaluz del ALEA», en *Estudios de dialectología dedicados a Manuel Alvar (con motivo del XL aniversario de la publicación de El Español hablado en Tenerife)*, Tenerife, Instituto de Estudios Canarios, 131-149.
- Baldinger, Kurt (1965): «La pesadilla de los etimólogos», *RFE*, 48, 95-104.
- Baldinger, Kurt (1982): «Etimología popular y onomástica», *Lletres asturianas*, 19, 31-39.
- Corominas, Joan y José A. Pascual (1980-1991): *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos [abreviado DCECH].

- Coromines, Joan (1983-2001): *Diccionari etimològic i complementari de la llengua catalana*, Barcelona, Curial [abreviado *DECat*].
- Coromines, Joan (1989-1997): *Onomasticon Cataloniae*, Barcelona, Curial [abreviado *onCat*].
- Corral Lafuente, José Luis (1984): *Cartulario de Santa María de Alaón*, Zaragoza, Anubar.
- Domingo i Francàs, Carles (1997): *Els noms de les formes del relleu*, Barcelona, Societat d'Onomàstica.
- Galmés de Fuentes, Álvaro (1982): «Toponimia asturiana y asociación etimológica», *Lletres asturianes*, 19, 31-39.
- Giralt Latorre, Javier (2007-2008): «A propósito de la colección *Toponimia de Ribagorza*: un ejemplo inaudito en el ámbito de estudio de los nombres de lugar de Aragón », *Archivo de Filología Aragonesa*, LII-LIV, 215-241.
- Gulsoy, Joseph (2008): «Joan Coromines, lingüista», en *Joan Coromines, vida y obra*, Madrid, Gredos, 47-123.
- Jud, Jakob (1925-1926): «Problèmes de géographie linguistique romane», *Revue de Linguistique Romane*, Estrasburg, vol. I, 181-236, y vol. II, 163-207.
- Maiden, Martin (2008): «Lexical nonsense and morphological nonsense: on the real importance of 'folk etymology' and related phenomena for linguistics», en Thórhallur Eythórsen (ed.), *Gramatical Change and Linguistic Theory*, Estrasburgo, John Benjamins, Linguistik Aktuell, 113, 307-328.
- Malkiel, Yakov (1993): *Etimology*, Cambridge, Cambridge University Press [trad. Madrid, Cátedra, 1996].
- Piolet y Prames s. A. (1993): *Montsec de l'Estall. Escala 1:40.000*, Zaragoza, Piolet y Prames.
- Prames s. A. (1993): *Ribagorza. Mapa excursionista 6/6. Escala 1:40.000*, Zaragoza, Prames.
- Terrado Pablo, Javier (1986): «Catalanismos, lusismos y dialectalismos andaluces en un documento de 1380», *Vox Romanica*, 45, 168-184.
- Terrado Pablo, Javier y otros (2001): «Las décimas de Castejón de Sos. ¿Vestigios del primitivo romance ribagorzano?», *Alazet*, 12, 161-200.
- Terrado Pablo, Javier (2007): *Toponimia de Ribagorza. Municipio de Puente de Montañana*, Lleida, Milenio.
- Terrado Pablo, Javier (2008): *Toponimia de Ribagorza. Municipio de Viacamp y Literá*, Lleida, Milenio.
- Ubieto Arteta, Antonio (1985): *Historia de Aragón en la Edad Media. Los pueblos y despoblados de Aragón, II*, Zaragoza, Anubar.